



Guy de Maupassant

La Noche



E LEJANDRIA



Guy de Maupassant



La Noche



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA NOCHE

GUY DE MAUPASSANT

**PUBLICADO: 1887
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA NOCHE

Amo la noche con pasión. La amo como se ama a la patria o a una amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos: con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan bajo el sol, en el aire azul, en el aire cálido, en el aire ligero de las mañanas claras. El búho huye en la noche, mancha negra que atraviesa el espacio negro y, gozoso, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.

El día me fatiga y me aburre. Es brutal y ruidoso. Me levanto con esfuerzo, me visto con desgana, salgo a mi pesar, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me cansa como si levantara una carga abrumadora.

Pero cuando el sol descende, una alegría confusa, una alegría de todo mi cuerpo me invade. Despierto, me animo. A medida que la sombra crece, me siento completamente otro, más joven, más fuerte, más ágil, más feliz. La contemplo espesarse, la gran sombra dulce caída del cielo: anega la ciudad como una onda inasible e impenetrable, esconde, borra, destruye los colores, las formas, abraza las casas, los seres, los monumentos con su imperceptible tacto.

Entonces siento ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr por los tejados como los gatos; y un impetuoso, un invencible deseo de amar se enciende en mis venas.

Voy, camino, a veces por los arrabales ensombrecidos, a veces por los bosques cercanos a París, donde oigo merodear a mis hermanas las bestias y a mis hermanos los cazadores furtivos.

Lo que se ama con violencia siempre acaba por matarte. Pero ¿cómo explicar lo que me sucede? ¿Cómo siquiera hacer comprender que pueda contarlo? No lo sé, ya no lo sé, solo sé que es así. — Eso es.

Así pues, ayer —¿fue ayer?—, sí, sin duda, a menos que fuera antes, otro día, otro mes, otro año... no lo sé. Sin embargo, debe de haber sido ayer, puesto que el día ya no ha amanecido, puesto que el sol no ha vuelto a aparecer. Pero ¿desde cuándo dura la noche? ¿Desde cuándo?... ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo sabrá jamás?

Así pues, ayer salí, como hago todas las noches, después de cenar. Hacía muy buen tiempo, un tiempo muy apacible, muy cálido. Al bajar hacia los bulevares, miraba por encima de mi cabeza el río negro y lleno de estrellas, recortado en el cielo por los tejados de la calle que giraba y hacía ondular, como un verdadero río, aquel arroyo de astros.

Todo estaba claro en el aire ligero, desde los planetas hasta los mecheros de gas. Tantos fuegos brillaban allá arriba y en la ciudad que las tinieblas parecían luminosas. Las noches resplandecientes son más alegres que los grandes días de sol.

En el bulevar, los cafés flameaban; la gente reía, pasaba, bebía. Entré en el teatro unos instantes, ¿en qué teatro?, ya no lo sé. Estaba tan iluminado que me entristeció, y salí con el corazón un poco ensombrecido por aquel choque de luz brutal sobre los dorados del balcón, por el centelleo postizo de la enorme araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por la melancolía de aquella claridad falsa y cruda. Me dirigí a los Campos Elíseos, donde los cafés-concierto parecían focos de incendio entre el follaje. Los castaños, rozados por la luz amarilla, parecían pintados, con un aire de árboles fosforescentes. Y los globos eléctricos, semejantes a lunas resplandecientes y pálidas, a huevos de luna caídos del cielo, a perlas monstruosas y vivas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y regia, los hilillos de gas, de vil gas sucio, y las guirnaldas de cristales de colores.

Me detuve bajo el Arco del Triunfo para contemplar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada, que se extendía hacia París entre dos hileras

de fuegos, ¡y los astros! Los astros allá arriba, los astros desconocidos arrojados al azar en la inmensidad, donde dibujan esas figuras extrañas que tanto hacen soñar, que tanto hacen pensar.

Entré en el Bois de Boulogne y permanecí allí mucho, mucho tiempo. Me había sobrecogido un escalofrío singular, una emoción imprevista y poderosa, una exaltación de mi pensamiento que rozaba la locura.

Caminé mucho, mucho tiempo. Luego regresé.

¿Qué hora era cuando volví a pasar bajo el Arco del Triunfo? No lo sé. La ciudad se adormecía, y unas nubes, unas grandes nubes negras, se extendían lentamente sobre el cielo.

Por primera vez sentí que iba a suceder algo extraño, algo nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi noche amada, se volvía pesada sobre mi corazón. La avenida estaba ahora desierta. Solo dos guardias urbanos paseaban junto a la parada de coches de punto y, sobre la calzada apenas alumbrada por los mecheros de gas que parecían moribundos, una hilera de carros de verduras se dirigía a Les Halles. Avanzaban lentamente, cargados de zanahorias, nabos y coles. Los conductores dormían, invisibles; los caballos caminaban a un paso uniforme, siguiendo al carro precedente, sin ruido, sobre el pavimento de madera. Ante cada luz de la acera, las zanahorias se iluminaban de rojo, los nabos de blanco, las coles de verde; y pasaban uno tras otro, aquellos carros, rojos con un rojo de fuego, blancos con un blanco de plata, verdes con un verde de esmeralda. Los seguí, luego giré por la rue Royale y regresé a los bulevares. Ya no había nadie, ni cafés iluminados, solo algunos rezagados que se apresuraban. Nunca había visto París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj: eran las dos.

Una fuerza me empujaba, una necesidad de caminar. Fui, pues, hasta la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan sombría, pues ni siquiera distinguía la Columna de Julio, cuyo Genio dorado se perdía en la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, espesa como la inmensidad, había anegado las estrellas y parecía descender sobre la tierra para aniquilarla.



Regresé. Ya no había nadie a mi alrededor. En la Place du Château-d'Eau, sin embargo, un borracho casi se tropieza conmigo y luego desapareció. Oí durante un rato su paso desigual y sonoro. Seguí andando. A la altura del Faubourg Montmartre pasó un coche de punto, que bajaba hacia el Sena. Lo llamé. El cochero no respondió. Una mujer merodeaba cerca de la rue Drouot:

— Señor, escuche.

Apresuré el paso para esquivar su mano tendida. Luego, nada más. Delante del Vaudeville, un traperero rebuscaba en el arroyo. Su pequeño farol flotaba a ras del suelo. Le pregunté:

— ¿Qué hora es, buen hombre?

Gruñó:

— ¡Y yo qué sé! No tengo reloj.

Entonces, de repente, me di cuenta de que los mecheros de gas estaban apagados. Sé que los quitan temprano, antes del alba, en esta estación, por economía; ¡pero el día estaba aún lejos, tan lejos de aparecer!

«Vayamos a Les Halles —pensé—, allí al menos encontraré vida».

Me puse en camino, pero ni siquiera veía lo suficiente para orientarme. Avanzaba lentamente, como se hace en un bosque, reconociendo las calles al contarlas.

Delante del Crédit Lyonnais, un perro gruñó. Giré por la rue de Grammont y me perdí; vagué, y luego reconocí la Bolsa por las verjas de hierro que la rodean. París entero dormía, con un sueño profundo, aterrador. A lo lejos, sin embargo, rodaba un coche de punto, un solo coche, quizás el que había pasado ante mí hacía un rato. Intenté alcanzarlo, dirigiéndome hacia el ruido de sus ruedas, a través de las calles solitarias y negras, negras, negras como la muerte.

Volví a perderme. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura apagar el gas tan pronto! Ni un transeúnte, ni un rezagado, ni un merodeador, ni un maullido de gato enamorado. Nada.

¿Dónde estaban los guardias urbanos? Me dije: «Voy a gritar, vendrán». Grité. Nadie respondió.

Llamé más fuerte. Mi voz se desvaneció, sin eco, débil, ahogada, aplastada por la noche, por aquella noche impenetrable.

Aullé:

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Mi llamada desesperada quedó sin respuesta. ¿Qué hora sería, pues? Saqué mi reloj, pero no tenía cerillas. Escuché el ligero tictac de la pequeña mecánica con una alegría desconocida y extraña. Parecía viva. Estaba menos solo. ¡Qué misterio! Me puse de nuevo en marcha como un ciego, tanteando los muros con mi bastón, y a cada momento alzaba los ojos al cielo, esperando que el día por fin apareciera; pero el espacio estaba negro, todo negro, más profundamente negro que la ciudad.

¿Qué hora podía ser? Me parecía que llevaba caminando un tiempo infinito, pues las piernas me flaqueaban, el pecho me jadeaba y sufría un hambre horrible.

Decidí llamar al primer portón que encontré. Tiré del botón de cobre, y el timbre resonó en la casa sonora; resonó extrañamente, como si aquel ruido vibrante estuviera solo en la casa.

Esperé, no respondieron, no abrieron la puerta. Volví a llamar; esperé de nuevo. Nada.

¡Tuve miedo! Corrí a la casa siguiente, e hice sonar el timbre veinte veces seguidas en el zaguán oscuro donde debía de dormir el conserje. Pero no se despertó. Y seguí más lejos, tirando con todas mis fuerzas de las anillas o de los botones, golpeando con mis pies, mi bastón y mis manos las puertas obstinadamente cerradas.

Y de repente, me di cuenta de que llegaba a Les Halles. Les Halles estaba desierto, sin un ruido, sin un movimiento, sin un carro, sin un hombre, sin un manojito de verduras o de flores. ¡Estaba vacío, inmóvil, abandonado, muerto!

Un espanto me sobrecogió, horrible. ¿Qué ocurría? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ocurría?

Me marché. Pero ¿la hora? ¿La hora? ¿Quién me diría la hora? Ningún reloj daba las campanadas en las iglesias o en los monumentos. Pensé: «Voy a abrir el cristal de mi reloj y a tantear las agujas con los dedos». Saqué el reloj... ya no latía... se había parado. Nada, ya nada, ni un estremecimiento en la ciudad, ni una luz, ni un roce de sonido en el aire. ¡Nada! ¡Nada más! Ni siquiera el rodar lejano del coche de punto. ¡Nada!

Estaba en los muelles, y una frescura glacial subía del río.

¿Seguía corriendo el Sena?

Quise saberlo, encontré la escalera, bajé... No oía la corriente bullir bajo los arcos del puente... Más escalones... luego arena... fango... luego agua... hundí el brazo en ella... corría... corría... fría... fría... fría... casi helada... casi agotada... casi muerta.

Y sentí que ya no tendría nunca la fuerza de volver a subir... y que iba a morir allí... yo también, de hambre, de fatiga y de frío.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB